N.º 76

ENERO - JUNIO - 1961

ayer y hoy

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

ayer y hoy

REVISTA DE ARTE Y LETRAS

Depósito legal - TO - 20 - 1958

Núm. 76 Enero - Junio 1961

EDITA

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

«ESTILO»

DIRECTOR

CLEMENTE PALENCIA

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

F. JIMÉNEZ DE GREGORIO
JESÚS SANTOS BAJO
JULIÁN GUSTEMS
RAFAEL BRÚN
CARLOS MORENO GRACIANI
JOSÉ MARÍA GÁLVEZ

DIBUJAN:

M. ROMERO CARRIÓN
ENRIQUE VELOSO
C. GUERRERO MALAGÓN
FERNANDO GILES
JOSÉ TIMÓN CASTRO

POESÍAS ORIGINALES DE

ELENA MARTÍN VIVALDI
B. SANTA OLALLA.
GONZÁLEZ LÓPEZ
JOSÉ CAMILO LILLO
JUAN ANTONIO VILLACAÑAS
FERNANDO CAPITAINE

IMPRIME: R. Gómez-Menor

DIRECCIÓN: Puerta del Sol

TOLEDO

Allí estaba

A Mercedes Linares de Banús

LUZ. Junto a lo verde lo verde.
Rama y verde, verde sombra.
Sombra verde. Luz. Distancia.
Verde amarillo, azul, llama
verde. Lejanía.
Verde azul, cielo y el agua.
Transparente celosía
de verde contra lo verde,
de esperanza contra pena,
de azul sobre la nostalgia,
de nostalgia desde el llanto,
de llanto azul y amarillo.
Amarilla voz que canta.
Verde ciprés.
Verde acacia.
Verde pino.
Verde alma.
El árbol grita su luz
desde el día y la mañana.
Verde por ti, Federico.
Verde por la circunstancia.
Verde por todo el dolor
escondido en la esperanza.

A una muchacha

No des un paso más.
Es tu hora. No dejes
que el invierno te aceche entre la niebla
de los años. No entregues
a la prisa del tiempo
el infinito azul de tu belleza.
Que no sepan tus ojos esa noche
de soledad en la tierra.
Tus manos, no las mires olvidadas
de caricias estériles;
ramas sin más raíz ni primavera.
Que tu sonrisa en flor
no la contemples
cicatriz de esperanza, risa hueca,
donde ya no transite por tus labios
una visión y luz que los defienda.
¡Quédate así, muchacha!
Este momento es tuyo,
no lo pierdas.
En juventud y en vida lo mantienes,
en mañana lo creas.
No lo dejes al viento
inútil de la tarde que te cerca.
No des un paso más,
no avances. Quédate así, muchacha,
estatua fiel de ti,
fija en tu estela.
No des un paso más.
Grítale al tiempo,
véncelo,
detén el giro loco de su rueda.
Quédate así, muchacha.
Tú,
eterna.

ELENA M. VIVALDI

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

CAMINANDO

(DE LA SAGRA A GUADALUPE, PASANDO POR TALAVERA)

POR FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO

Académico de Número de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

De «Un viaje por Extremadura y Andalucía occidental», del autor, tomamos estas notas, de interés para nuestra provincia.

I

El paisaje verde, con tierras de pan llevar, amenizado por diversos olivares, que se ocultan en las suaves ondulaciones del terreno. En los altozanos quedan extendidos los caseríos sagreños de Santa Cruz del Retamar y Quismondo, sobre un suelo arenoso propicio al viñedo, que cubre pródigamente esta tierra; en sus amplios valles se hace hondo y fértil con grises higueras.

Maqueda, la firme, *se levanta al final del escalón de La Sagra, dominando desde la llanura, con el castillo cristiano hecho en dorada caliza. En el pasado fué ciudad importante, como lo evidencian esas ruinas, la bella torre mudéjar y las rotas espadañas de sus iglesias.*

Viriato.—*Corremos por una llanura que perteneció a la Tierra de Talavera; en la lejanía, al Norte, la masa azul, cubierta de nubes sus cimas, de la sierra de San Vicente, comarca natural que guarda vestigios celto-romanos. Desde esa fortaleza natural Viriato y los suyos vigilaban la calzada que desde Emérita iba a Toletum, atacando los convoyes romanos y amenazando siempre esta vital comunicación del centro peninsular. Al Sur, los escarpes ruinosos formados de arenas deleznables del Tajo, y detrás las lomas grises, macizas, de los Montes de Toledo.*

Sobre parcelas verdes se levantan los espectaculares esqueletos blancos, metálicos, de las torres de comunicación que llevan electricidad del pantano de Cijára a Madrid.

Vamos por un terreno arcaico, con cereales y frutales en flor; sobre él, Santa Olalla, con la línea vertical del silo, patria del torero Gregorio Sánchez.

Al pasar ante el blanco caserío, con su pórtico señorial, de Salamanquilla, cruzamos la cañada ganadera que utilizando El Puente del Arzobispo penetra en Extremadura.

Por el antiguo camino Real.—*La carretera general aprovecha el antiguo camino Real, que comunicaba Extremadura con Toledo y Madrid. En sus bordes quedan las ruinas de El Bravo, un pueblo de mesones que ha desaparecido; más adelante, el cascarón de ladrillo de Casaquemada, antigua estación de postas de las diligencias que hacían este camino.*

A la izquierda, en la vega del Tajo, la mancha blanca y roja de Las Vegas y San Antonio, dos pueblos de colonización que explotan lo que fueron latifundios medievales de Santa María de las Albueras. En la barrera, la torre roja de La Pueblanueva.

El embalse de Cazalegas.—*Dejamos la carretera general y, a la derecha, por un camino vecinal, entre poderosas encinas y pastizales, con baladoras ovejas, vamos al embalse de Cazalegas, inaugurado en el año 1950. Se trata de una presa de derivación dependiente del sistema del Alberche; un colchón acuático amortigua la caída del agua y asegura la integridad del suelo.*

El manto de agua embalsada, el relieve de los estribos de la sierra de San Vicente, la vegetación herbácea y arbórea, las suaves tonalidades azules y verdes, hacen de este rincón un paisaje idílico de aspecto norteño.

Las atalayas.—*Vueltos a la carretera general, pasamos por una tierra llana, honda, muy fértil, acrecida su riqueza por las acequias que toman sus aguas del embalse del Alberche, río que terminamos de cruzar por un ancho puente, desde hace poco en servicio. Cereal, cultivos de regadío y olivares, cubren este próspero país. En uno de estos olivares los soldados en derrota ahorcaron al general de la Independencia Don Benito San Juan, falsamente acusado de traición. Su cuerpo mutilado se enterró piadosamente en la iglesia de San Francisco de la inmediata ciudad de Talavera, en donde Calvo de Rozas trataba de mitigar el desastre. Todos estos contornos están llenos de recuerdos de la gran epopeya contra el invasor napoleónico. Ahora se dibujan en los cerros inmediatos los circulares perfiles de las atalayas de Segurilla y Mejorada, en donde se dio el indeciso combate de Talavera entre las tropas hispano-luso-británicas mandadas por Sir Arthur Wellesley y José I, que dirigía a los franceses.*

Un puente y una feria.—*Con estas palabras esquematizaba un distinguido profesor de Geografía el fundamento, el ser talaverano. El puente, decimos nosotros, se reconstruye en tiempos del Cardenal Mendoza; la feria se creaba reinando Sancho IV el Bravo. Después de un siglo de postración, Talavera de la Reina, centro económico de un extenso país, cabeza de su Tierra, es hoy un emporio agrícola y comercial en constante crecimiento. Las vegas del*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

Alberche y del Tajo, suelo de los más fértiles de España, están siendo explotadas en régimen intensivo merced al regadío. Campos de tabaco, algodón, cereales de regadío, forraje, variados frutales, dan a Talavera, con su situación, una posición de privilegio y riqueza. Mas esta ciudad, en régimen ascensional, de barriadas modernas, de gran impulso económico, es, a pesar de los destrozos causados por los derribos, un centro monumental del mayor interés. Así lo dice Santiago el Nuevo, iglesia en donde el preciosismo mudéjar llega a sus más gratas consecuencias. Así la reina de las ermitas, ese Santuario de El Prado, en donde se puede admirar un pequeño tesoro arqueológico con la pilastra visigoda salvada en la demolición de la iglesia de San Pedro. La Colegiata, de bella línea gótica; Santa Catalina, de traza herreriana; San Prudencio y el impar museo cerámico «Ruiz de Luna», dedicado por sus hijos al artista que supo revalorar una actividad tan talaverana como la cerámica, a punto de perecer. Allí, en aquel santuario de la artesanía del barro, se guardan piezas principales y únicas de nuestro pasado ceramista que una dinastía de artesanos tratan de emular con sus trabajos.

Pegada a la ermita de Nuestra Señora del Prado, queda la plaza de toros, donde murió Joselito.

El caserío urbano de Talavera evoluciona del Tajo a la carretera general a través de las plazas del Ayuntamiento (núcleo medieval, en cuyos aledaños se erigió la estatua al historiador Padre Mariana), la plaza del Reloj, centro hasta bien entrado el siglo XX. La Talavera moderna gira en torno a la recién construida, y ya pequeña, estación de autobuses.

Hombres de ayer:

Juan Jacobo Rousseau

A Pablo Ganado, buen amigo y excelente polemista

Por muchos es considerado Juan Jacobo Rousseau como el padre de la Revolución Francesa. Esta paternidad —en el aspecto ideológico y espiritual y, a título póstumo—, quizá le corresponda si tenemos en cuenta la intensidad y primacía de su influencia. Claro está que una revolución de la amplitud y trascendencia de la Revolución Francesa no puede ser obra de un pensador —por extraordinario que sea—, ni de un grupo de pensadores. Las causas —como todos sabemos—, son más hondas y complejas; aunque muy bien pudieran sintetizarse en la prolongación anacrónica de toda una estructura vital. De ahí que se resquebrajaran a un tiempo lo económico y lo social, lo político y lo filosófico. Era como un viejo edificio, carcomido, con gruesas grietas, pronto a desplomarse de una vez.

Al leer a los filósofos y pensadores inmediatamente anteriores a la Revolución Francesa, incluído el propio Rousseau, salta a la vista que sus ideas no tienen auténtica novedad. Las ideas nuevas no actúan sobre el pueblo; carecen de eficacia «masiva». Las ideas fructifican en realidades colectivas, cuando al ser expresadas tienen ya existencia latente en el alma de la sociedad. Los dogmas o principio de la Revolución Francesa, por pertenecer, algunos de ellos, a verdades naturales, se hallaban almacenados en el subconsciente de la humanidad. A veces afloraban, como un relámpago, en hombres de diversas épocas, cuando determinadas circunstancias, individuales o sociales, forzaban a ello.

La igualdad natural de los hombres, tan reiterada por los pre-revolucionarios franceses, estaba ya, desde el siglo primero, contenida en el Cristianismo. Los principios de la soberanía popular podían leerse en autores de siglos anteriores a Rousseau: Nuestro P. Mariana, en pleno siglo XVI, escribía: «La autoridad derivada del príncipe está sometida a la soberanía popular; porque no cabe suponer que todos los miembros del Estado se despojen voluntariamente de sus derechos para entregarse en absoluto a la buena voluntad de un individuo». El «Deismo», que tan buena acogida tendría en la revolución triunfante, con sus templos a la razón y su fiesta al Ser supremo, solo era una consecuencia lógica de los sistemas racionalistas iniciados en el Renacimiento.

Todas estas ideas, diseminadas ya en el corazón de los hombres, ya en distintas doctrinas o sistemas, ya en pensadores de diversos siglos, fueron

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

expresadas por Rousseau y los filósofos de su tiempo en un momento de suma oportunidad histórica.

Ahora bien, la obra de Rousseau destacó sobre todas. Su impacto fué tan recio que hizo virar en redondo el curso de la humanidad. ¿Por qué esta influencia tan visible?

Juan Jacobo Rousseau, aparte su potente e innegable genialidad, era un romántico, y el romanticismo es siempre eminentemente popular. Ante el frío racionalismo de la época, Rousseau, sin oponerse a las conquistas de la razón, intercaló la cálida nota sentimental. «Los derechos del sentimiento» tuvieron amplia resonancia en la obra del escritor ginebrino. Pero hay más: Si le comparamos, por ejemplo, con Voltaire, veremos que éste, alagado por el aplauso de las clases elevadas, hacía transcurrir su vida en salones aristocráticos o en tertulias de minorías. Rousseau, en cambio, más consecuente con sus teorías, vivió siempre entre el pueblo, y vivió por propia voluntad, pues ante sus triunfos literarios se le abrieron todas las puertas. Las diferencias temperamentales entre Voltaire y Rousseau son abismales. Lo que más caracteriza al primero es la frivolidad y la falta de seriedad. Rousseau, por el contrario, aun en medio de sus mayores errores y desaciertos, aun en medio de las tortuosidades de su vida, tuvo siempre un gesto de gravedad y sinceridad. Por eso el pueblo francés se inclinó por él

En la obra de Rousseau hay dos vertientes, no ya distintas, sino opuestas: Una corresponde al «Discurso de la desigualdad entre los hombres» y a «El Emilio»; otra a «El Contrato Social». Y es curioso que siendo «El Contrato Social» su obra fundamental, muy superior en rigor filosófico (dentro de sus errores) a «El Emilio» y al «Discurso», sean, sin embargo, éstas y no aquél las que más han contribuído a delinear la fisonomía filosófica del autor.

En mi modesta opinión, «El Discurso» y «El Emilio», además de su endeblez filosófica, son piezas de escaso valor literario. Pese a ello, el público, cuando intenta juzgar a Rousseau, lo hace siempre bajo el prisma de exaltación naturalista de estas obras. Y es el caso, que Rousseau, en «El Contrato Social», se separa tanto de esa exaltación naturalista que llega incluso a manifestar una marcada preferencia por el estado civil y social.

Cuando se lee a Rousseau con esa serenidad que nos dá la lejanía de los siglos, se aprecia, en su justo volumen, su fallo más importante: este es la exageración. Rousseau fué en todo —en sus teorías y en su vida— exagerado y, en muchos aspectos, irreal. Exageración e irrealidad que pueden muy bien atribuirse a su inclinación neurótica. Esta neurosis se agudizó en sus últimos años hasta degenerar, en las proximidades de su muerte, en una manía persecutoria.

JESÚS SANTOS

LOS UNICOS CULPABLES

POR JULIÁN GUSTEMS

El mismo Teatro es culpable de la crisis que lo va destruyendo. Está turbia su conciencia y, por esto, al hablar de su crisis, esconde un poco la voz para que no suene a falso.

Ultimamente se ha escrito tanto sobre la crisis del Teatro, que he pensado que esta crisis la viene sufriendo desde el principio de los tiempos y que si se hunde ahora, es sólo consecuencia de navegar con la quilla agusanada, sin haberse preocupado de encontrar la solución que para cada época requería.

El Teatro, a pesar de todo, nunca morirá del todo. Hay algo en nosotros que lo mantiene vivo, ese algo que imita la propia vida, que es arte, un arte que hace soñar y hablar, aunque nunca se sueñe del todo y nunca se hable como creemos. El hombre gusta de la imitación; gusta de vivir varias vidas, y el Teatro le ofrece un campo siempre inédito de emociones. Y no hablo pensando en la vida que encarnan los actores, distinta cada una según el papel que les corresponda. El mismo espectador se compenetra de lo que ocurre en la escena, que por estar tan próxima de nosotros parece una continuación de nosotros mismos, cosa que no ocurre con el cine que, aunque queramos, estamos separados de la vida que expone por muchos puntos indiferentes. El cine ha servido, si acaso, como sirvió el diestro Arruza en su tiempo: para hacer revivir del marasmo en que se encontraba el toreo a la gloriosa época que le siguió. El Teatro, asimismo, culpa al cine de su actual preocupación, pero sólo él tiene la culpa.

Para llegar a decirlo he reflexionado seriamente el por qué de las razones que como espectador me alejan un poco cada día del Teatro. Soy un amante del Teatro

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

—¿cómo no?— y acaso porque le quiero tanto no quiero encontrarle atenuantes a su desgracia porque creo que la culpa es solo suya. Es como si pretendiera disculpar al criminal o al que se lanza inconscientemente al vicio. El Teatro es culpable de la indiferencia que goza actualmente. Ha ido sumiéndose poco a poco en un letargo voluntario que ni las mismas trompetas de Jericó podrían despertar.

Esta indiferencia ha llegado por tres razones importantes: el dinero, el dinero y el dinero.

El primer tema de la culpa del dinero es sencillamente el que piensa sacar el empresario. El empresario es un señor que ha de vivir de sus riquezas y de sus negocios, como vive todo el mundo, y quiere sacar el máximo provecho de sus inversiones. Sin moverse de casa le han ido proponiendo beneficios mayores dedicando sus locales al cinematógrafo y lo ha hecho así, perdiéndose los pocos teatros que teníamos en las capitales.

El segundo tema del dinero es el que piensan sacar los autores de sus obras. No quieren un triunfo pequeño y un beneficio que esté a la altura del éxito. Los autores actuales quieren hacerse famosos en la primera obra y ahí está, posiblemente, el fracaso de muchos, y la ruina del Teatro.

En España ha sido muy completo el cambio que han dado los autores a sus obras. Casi todos menosprecian «hacer» teatro como se hacía antes cuando los autores eran un poco comediantes y si convenía se ponían a interpretar el papel como un actor más, autores que miraban al teatro desde las butacas, suspirando como un espectador más en las soluciones que iban tramando. Hoy los autores escriben teatro porque es bonito llamarse comediógrafos, aunque muchos de ellos confiesan que su teatro es distinto al teatro de cualquier otro. Como si el Teatro tuviese que expresar una vida distinta a la que se nos muestra ante los ojos, con expresiones cerebrales, dignas de los filósofos más difíciles. Hoy los autores no «hacen» teatro, sino que escriben un libro literario. Este afán de mezclar literatura en el teatro es loable cuando la obra sólo pretende ganar la voluntad de algunos entendidos, pero pasa a ser una crueldad refinada cuando se piensa que la programación de la misma obra puede ser servida al público en general.

En España, desengañémosnos, el gran público no está preparado para la obra de tesis, esta clase de obras cuya solución debe darla muchas veces el mismo espectador. En España gustan y seguirán gustando los grandes dramas y las grandes comedias. Los autores que hacían este teatro, y que siguen haciéndolo, son los que, a la postre, se comen el turrón. Y con esto no quiero insinuar, ni mucho menos, que esté conforme o proponga los caminos folletinescos de antaño; y no estoy conforme porque sería estimar en poco la literatura y el proceso de reforma que necesariamente debe operarse en las letras. Pero los buenos autores no tienen vida aquí. En una representación de «Un soñador para un pueblo», del incomparable Buero Vallejo, la tarde que asistí yo había solamente en el amplio anfiteatro una persona. ¡Y era una obra de categoría!

Decididamente los buenos autores deberían escribir, pero para otros países, cosa que sin duda están haciendo. Aquí deberíamos seguir con Muñoz Seca y Echegaray hasta que nos diésemos cuenta de que la vida ha cambiado en todo el mundo. Somos como una perla que está escondida eternamente en su concha de terciopelo. El aire fuerte daña nuestra utopía. Muñoz Seca sigue dando más dinero que cualquier obra de carácter intelectual.

Otro mal —siendo el mismo— es el error de «colocarnos» tanto drama morboso que no se aviene con nuestra idiosincrasia. El espectador está harto de tanto Tennese Wulliam y otros por el estilo, aunque no lo confiese, autores éstos que se valen la mayor parte del tiempo en presentarnos a la actriz en camisón y que en espera de que se lo quite nos mantiene en la silla, silenciosos y prudentes, por un si acaso... Un si acaso que es doble timo, ya que ni la obra nos convence ni la actriz se quita el camisón.

Cuando se estableció el mal traído «Teatro de Cámara», se representaban obras que por su calidad literaria y dificultoso montaje sólo podían representarse ante un público reducido. Hoy se ha querido establecer en España un «teatro de cámara» para todo el mundo. Y he ahí el fracaso. El público no está preparado para ello. No lo está ni en teatro ni en cine, pues las películas de calidad, salvo rarísimos casos, no llegan a gustar a la masa.

Llegado a este convencimiento, me preguntarán: ¿Prefiero, pues, que el teatro siga como estaba, con su tremendo melodrama, con su estruendo de risas? Decididamente, no. Pero señalo a los programadores como culpables de haber querido saltar de la primera página del Catón, donde se deletrean las vocales, a la última, donde se lee de corrido. Hemos tenido que saltar un barranco y nos hemos caído en él.

En cierta forma esta ansia de renovación la ha traído la juventud universitaria, creyendo, por ejemplo, que O'Neil es un joven, lo mismo que Pirandello, cuando cayeron, como Benavente, de puro viejos. Y no respetan a Benavente creyéndolo viejo, ni a Marquina, ni a tantos otros que cosecharon para la escena española tantos triunfos universales, poniendo todo su entusiasmo en autores extranjeros que en su país les ocurre lo mismo que les ocurre a los nuestros. Esta juventud ha asimilado ideas ajenas a nuestras expresiones literarias y, después de un largo silencio, nos las quieren imponer, sin colocar antes un puente conciliador para los que vivían y sufrían con el teatro de antes y no viven ni disfrutan con el de ahora, de pura filigrana.

Asimismo el teatro está muriendo por exceso de seriedad. Incluso los autores que se llaman cómicos son demasiado serios, como si algo les frenase. El teatro de hoy ni es para reir ni para llorar. Ha perdido personalidad.

Y los que quieren buscarle tres pies al gato no se dan cuenta que el mal del teatro no es un mal pasajero, sino grave. Y que la salvación debe encontrarse dentro de casa, como hacen los caracoles cuando presienten el peligro.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

GONGORA 1561-1961

GONGORA EN TOLEDO

I

Adivinando el peso en cada roca,
pone su soledad de caminante
de *esta montaña que, precipitante,*
sale transfigurada de su boca.

Le toca el peso con su voz, le toca
el corazón al tiempo. Y, ondulante,
pasa todo el destino por delante,
viendo cómo en su verso desemboca.

Está esperando con amor el Tajo
el cuerpo descolgado de Toledo,
que va cayendo, místico, al vacío.

Há tantos siglos que se viene abajo,
porque un ángel le empuja con el dedo
entre el verso de Góngora y el mío.

II

El arco milenario de la Historia
cubre la fe en la frente toledana.
Y el poeta en su ruta tramontana
templa su soledad retornatoria.

Cuenta los soles que se van. La noria
da su medida al corazón. Y, humana,
la palabra se asoma a la ventana
a ver la luz fugaz y traslatoria.

Y *este monte murado, este turbante*
de labor africana de su frente,
ciñe un mundo de paz glorificante.

El mundo en que el poeta diariamente,
cada vez más sumido y caminante,
se pierde paso a paso entre la gente.

III

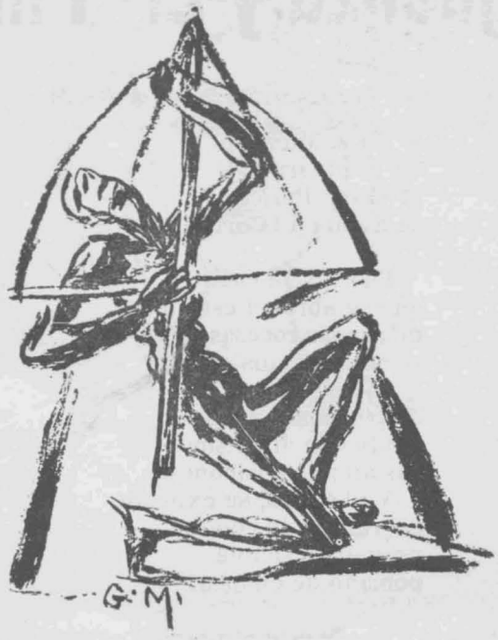
Esta Toledo, cicatriz del moro,
dueña amorosamente del vacío,
a quien las sienes acaricia el río:
Su blanca toca es listada de oro.

Esta Toledo voz, que en cada poro
de su cuerpo rocoso en el vacío,
tiene una fuente que se cae al río
sobre su espejo lánguido y sonoro.

Agua que junto a Góngora navega
pulsando el peso neto toledano
que cae precipitante sobre el Tajo.

Esta Toledo abierta, que se entrega
al contacto vecino de su mano:
Esta montaña que se viene abajo.

Por Juan Antonio Villacañas



A Fernando Jiménez de Gregorio

Hondo conquistador, querido amigo:
Te escribo con la tierra de Castilla,
con un surco en el alma. Y la semilla
en esta fértil soledad conmigo.

Apoyado en tus libros, al abrigo
de tu cosecha histórica, sencilla,
como tu sencillez, en esta orilla
donde medita el hombre y sueña el trigo.

Con tus palpitaciones en la Jara,
acariciantes de su geografía,
yo te estoy escribiendo de repente.

Con Toledo a mi lado. Y en la cara
recolectado el sol de cada día,
firmo esta carta de amistad urgente.

Septiembre 1960

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

Sigüenza y El "Pino Perico" de la Pinarilla

Al Excmo Sr. Duque de Bailén

En el altozano
de la Pinarilla,
el «Pino Perico»
se asoma a la orilla.

Debajo, la cava
que se abre en estratos
de aristas rocosas,
semeja regatos
que el tiempo ha formado
de pétreos jalones,
tendiendo al abismo
sus amplios balcones.
Y al fondo, se extiende
en verdor de copos,
un valle apacible
poblado de chopos.

Desde este altozano
de la Pinarilla,
el «Pino Perico»
se eleva en sombrilla.

A su sombra, el viento
filtra su frescor,
mientras los amantes
musitan su amor.
Las aves canoras
traen de otros lugares
los azahares vírgenes
de los limares,
en tanto la alondra
zigzaguea en el aire
los negros crespones
de un frágil donaire.

Sobre el altozano
de la Pinarilla,
el «Pino Perico»
vigila a Castilla.

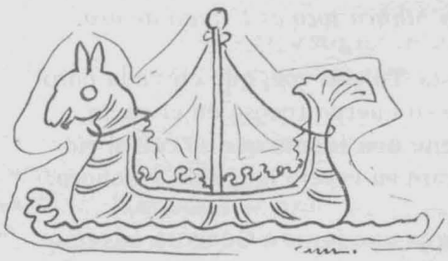
Sigüenza se extiende
sobre un pedregal
ahíta de historia
y arte medieval,
vigilando el sueño
guerrero, de aquél
que en la reconquista
se llamó EL DONCEL.
Su castillo trunco
que al monte se aferra,
aún eleva al cielo
muñones de piedra,
donde Doña Blanca
anegó con hiel
de llanto, sus piedras,
en tanto que el Cruel
Don Pedro Primero
burlaba a Castilla
con su favorita
María Padilla.

Y, la Pinarilla,
desde el altozano,
al castillo en ruinas
le tiende la mano.

Su Vida es historia
y su historia es vida
que mueve a los hombres
apenas nacida,
y olvida prosapias
a la vieja ultranza,
y sólo practica
la fácil holganza.
Ya dió a los celtíberos
su pan y aposento,
y acogió a Sertorio
con paz y contento
cuando al Gran Pompeyo
en lucha titánica
ganaba a pedazos
la corteza hispánica,
que más tarde hollara
el árabe empeño
en una molicie
de siglos y sueño.
Sigüenza románica
de árabes encantos,
cerró sus pilares
con huellas de santos.

Y, la Pinarilla,
desde el altozano,
aún exhuma el místico
canto gregoriano.

Los hombres, no tienen
ya ardor saguntino,
y sólo alimentan
sus gestas con vino.
Azumbres de néctar
que riegan los viejos
moluscos sabrosos
de rojos cangrejos,
o el débil cordero
que en fracciones deja
su sabor untoso
asado a la teja.



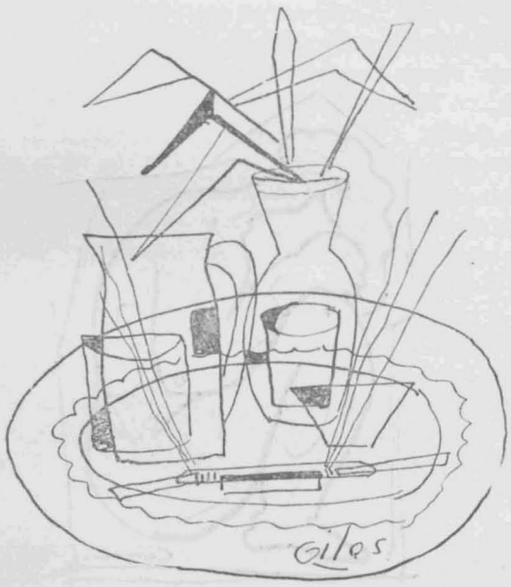
¡Qué grato altozano
es la Pinarilla
que el «Pino Perico»
preside en su orilla!

F. González López

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

Una tarde de Otoño

El viento pasa majestuoso
en su carro de plantas dolientes,
mientras que la luna guardiana
acompaña la dulce melodía del grillo.
Los árboles, borrachos, se mueven
de un lado a otro embriagados de color amarillo.
La casa está rígida y tiesa;
sostiene el nervioso tic-tac
de un corazón
y las frías patas de un perro
adormecen mi mirada.
El tímido farol oscuro balancea
su luz
mientras el viento lanza largos silbidos
y los papeles y hojas secas juegan
alrededor de mi árbol
mientras mis ojos sueñan.



Noche en la puerta

Noche, no cierres la puerta a la tristeza;
déjala pasar sola y embalsamada
de olores agrios.
Reina de la luna sola que navega
por aquel mar de azules claros.
Gato negrudo y solo
sube su rabo hacia arriba
paseando a ciegas
sobre las grises tejas.
Murciélagos voladores que pasan
alrededor para hacer lumbre
a la noche, que embarca
hacia la luna
hasta el día siguiente.
Noche, no cierres la puerta a la tristeza;
déjala pasar.

JOSÉ-CAMILO LILLO MORO
(DOCE AÑOS)

En el concurso NACIONAL convocado por la Confederación Española de Cajas Generales de Ahorro, ha obtenido el 2.º Premio, dotado con 5.000 pesetas, el vocal de nuestra junta directiva Sandalio de Castro, siendo el tercero de este género que consigue el joven poeta toledano.

La Caja Provincial de Ahorro de Toledo, celebró el pasado día 22 un acto cultural con arreglo al siguiente programa:

1.º Presentación, por D. Jesús Quintanal.
2.º Proyección cinematográfica.
3.º Exposición poética, por D. Juan Antonio Villacañas.
4.º Recital de guitarra, por D. Enrique Fernández, y
5.º Humor, por Judi.

El acto, organizado por nuestra naciente CAJA DE AHORRO PROVINCIAL, impresionó gratamente al público toledano.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

aurora

Cruza la noche el primer rayo frío,
Cubre el rocío la terrestre calma
Y el gallo canta con su hiriente grito...
Llega de Oriente la sonrisa tibia
Abriendo párpados y cerrando sueños;
Todo se anima de creciente vida,
Vuelan las aves, pasa el tren expreso...,
Y las campanas de conventos pálidos
Tocan a Misa para tres o cuatro;
Van las cuadrillas alegres a los campos,
Huyen los astros blancos tiritando,
Y en la promesa de la aurora nueva
Reza la aldea su oración primera.

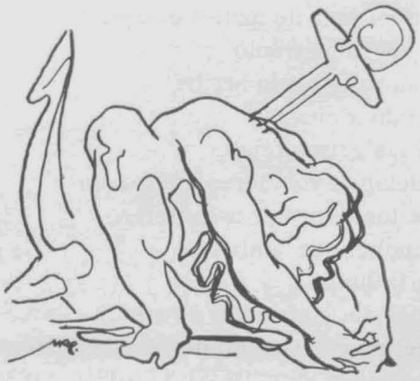
la mañana

Triunfa la luz de la tiniebla espesa
Abriendo alcobas y ahuyentando ensueños,
Cantan los grifos, se llenan las bañeras,
Estallan duchas, se encienden chimeneas,
Todo es espuma, ruido de tazones
Y crujir de periódicos salidos del horno;
Ruido de carretas en calles empinadas,
Campanas ascéticas que llaman a plegarias,
Relojes contentos que gritan con estrépito
Perforando los tímpanos de niños dormilones
Y un sol tímido y terco que allana los hogares
Con sus luces traviesas que juegan arabescos;
Todo vibra despierto con vario movimiento,
El can espera inquieto, al quicio, siempre hambriento,
La salida del crío camino del colegio...
Sinfonía de puertas, de adioses y de besos
De matrimonios jóvenes en las ciudades viejas.

crepuscular

Ha llovido, y la faz sanguinolenta del ocaso
Se proyecta en haces bíblicos fantásticos
Separando los espesos nubarrones
Contendientes en la eléctrica pelea,
Se ennegrece la estepa con el agua
Absorbida por sus labios ulcerados
Y retumban los truenos de tormenta
Con sus ecos espaciados y perdidos,
Cae el sol tras un cerro, desplomado,
Arco iris triunfal enmarca el cielo
Y los besos de luz se mueren lentos
Desmayándose en suspiros de colores.

F. Capitaine



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

GATOS TOLEDANOS

El gato doméstico, dícese que desciende del salvaje, y a Europa parece ser que fue importado de Egipto, país donde se le rendía culto como animal sagrado, tanto, que en excavaciones realizadas por aquellas tierras de construcciones que datan de 2.000 años antes de J. C., se han encontrado restos de aquellos felinos adornados con joyas. En este país, y por aquel entonces, el causante de la muerte de un gato era condenado a la última pena. El que los maltrataba, hacía oposiciones a un linchamiento. Cuando un gato moría, sus dueños, en señal de duelo, se afeitaban las cejas.

Se dice que los adoraban porque protegían, contra los ratones, sus grandes graneros; otros suponen que por su belleza: quienes porque se creían estar dotados de mágicas propiedades por esa mefistofélica atracción de sus bigotes afilados y sus orejas puntiagudas enmarcando sus redondos ojos de oro como orlados de brillantes donde refulge la perla negra de sus pupilas.

Alguien ha dicho que los gatos son los grandes señores de la creación, que sólo han nacido para cazar y amar. Duermen, como vulgarmente se dice, con un ojo abierto; los fenómenos eléctricos o magnéticos les excitan de tal suerte, que en las tormentas o tempestades bufan como fieras salvajes. Son tan enemigos del agua, que solo al verse acosados peligrosamente son capaces de arrojarse a ella, y por eso nuestro refrán cuando dice: ¿quién hecha el gato al agua?, representa lo dificultoso de solucionar un enrevesado problema. Lo de tienes siete vidas, como los gatos, también de nuestro refranero, representa que pocas veces al caer un felino desde grandes alturas, se mata, por su habilidad en tocar el pavimento con sus cuatro extremidades a la vez.

Los gatos han tenido siempre grandes amigos y enemigos. Sus defensores han dicho que sólo los aman los hombres inteligentes, porque los gatos lo son. Los eurófobos, como la moderna psiquiatría denomina a sus enemigos, los consideran como los más grandes burladores de la creación. Hay, quien ante la presencia de un gato, cambian de color, y hay quienes sufren mareos, náuseas y convulsiones. Hay quienes hasta los presienten, sin verlos.

Jorge Wáshington y Abraham Lincoln, los dos ex-presidentes norteamericanos, se contaron entre los amigos de los gatos y con ellos fueron retratados y pintados. El Cardenal Wolsey, inglés, y el francés Richelieu, de todo el mundo es sabido que muchas de sus audiencias principescas las recibieron en compañía de sus gatos favoritos.

Sin embargo, José Bonaparte, Napoleón y Enrique III, se desvanecían ante su vista. A Shakespeare, se le atribuye la frase de «todo lo puedo soportar menos la presencia de un gato». Bergh, el fundador de las Sociedades protectoras de animales, dijo que los gatos deberían de ser exterminados.

Los gatos, aún domesticados, han conservado siempre su fiereza original, sin duda, porque conservan su pureza de sangre, ya que las hembras sólo encastan y se entregan a los machos machos; es decir, a los más valientes, a los más bravos, a los más jabatos; aunque muchas veces esto les cueste perder de su físico parte del pelo, del rabo, de las orejas, del hocico y hasta algún ojo en enconada y feroz lucha con cuatro o cinco de sus rivales.

Como ya en una ocasión dijimos, los gatos toledanos son los menos huidizos de cuantos conocimos por nuestra geografía peninsular, ¿quiere esto decir que sean distintos a los demás? No; el ser así lo da el medio ambiente en que viven, y en Toledo viven en la calle con tanta seguridad y confianza como en sus propias moradas, ya que nadie los molesta, y si surge el enemigo, el perro, y aun aquí no todos los perros, siempre tiene fácil escapatoria por cualquiera de los innumerables huecos fáciles a su alcance. ¿Y los niños, se me dirá? Los niños, en Toledo, respetan a los gatos, no porque sean mejores que los del resto del mundo, sino porque rara es la vivienda, especialmente del Toledo viejo, donde no se tenga gato, o dos o tres, y esto les hace estar familiarizados con ellos, y a conocerlos, y si no los estiman y quieren, los respetan, o por lo menos, los toleran.

Los gatos, en nuestra ciudad, son necesarios como en todas las poblaciones viejas corroídas por el tiempo muy dadas y propensas a enratonarse, y el tener un piso deshabitado durante tres o cuatro meses produce, en muchos casos, la desagradable sorpresa de, al volver, encontrarlo con muestras de roedores que por allí anduvieron, aunque hoy, afortunadamente, este contratiempo se salva fácilmente con tener la previsión de, al ausentarse, dejar preparadas unas raciones del famoso raticida Ybys 152, que se lo comen glotonamente y es su enemigo mortal para dos o tres de sus generaciones.

Los gatos en Toledo, decimos, deambulan por las calles con la misma confianza como si por sus casas anduvieran. Nosotros somos testigos presenciales de verlos en horas centrales del día por medio del arroyo, o por las aceras de las calles, andando pausada y tranquilamente como en sus propios domicilios, sin que les produzca inquietud el discurrir de la gente que pasa. A un gato toledano se le bisbea, y ésto, que en otros sitios bastaría para que emprendiesen veloz carrera, aquí, no; antes al contrario. En muchos casos alzan sus cuatros traseros, y llegando a nuestra mano se dejan acariciar, y los hay que enarcan el lomo, estiran el rabo y hasta runrunean.

Por las medias noches es frecuente verlos reunidos en las calles y plazas del Toledo antañón, en grupos de seis o siete, negros, blancos, rojos, cenicientos, de entrambos colores, atigresados, ajilguerados o de tres colores, generalmente hembras llamadas mariposas; en fin, de la más distinta pelambre y que, formando círculos, permanecen largos ratos quietos, inmóviles, abstraídos por completo de lo que a su alrededor pasa; ¿qué se dirán? ¿Cambiarán impresiones acerca de lo cara que se ha puesto la cordilla?

Lo cierto y verdad es que las amas de casa se quejan de lo caro que, en los momentos actuales, resultan las manutenciones de los gatos, ¿sobran gatos?, ¿faltan ratones? De todo puede que haya un poco, aunque en el perturbado mes de Febrero las bajas gatunas adquieren enormes proporciones por las truculentas batallas que tienen en su encelamiento. Gato hay que por ese mes desaparecen de sus casas 20 ó 25 días para reaparecer, después, en el más lamentable de los estados. Tal sin pelo, desorejado, sin narices, mondado el rabo; otros perniquebrados, privados de algún órgano visual, en fin, hechos una lástima, pero, así y todo, regresan a sus lares aun a sabiendas de que han de ser objeto de las más duras reprimendas. Mas cuando en una de esas feroces refriegas amatorias uno de los contricantes resulta gravemente averiado, ese gato no retorna a su hogar, no porque sus fuerzas no se lo permitan en la mayoría de los casos, sino porque no quieren morir en sus casas, y a cerrar sus ojos de oro y dar su postrer adiós a la vida, van a hacerlo en un profundo y oscuro sótano o en un desván dehabitado de algunas de las casas próximas a su morada. Que el hecho es así, lo pueden atestiguar nuestros albañiles que al hacer obras y reparaciones en estas alturas y bajuras suelen encontrar grandes cantidades de osamentos gatunos.

RAFAEL BRUN

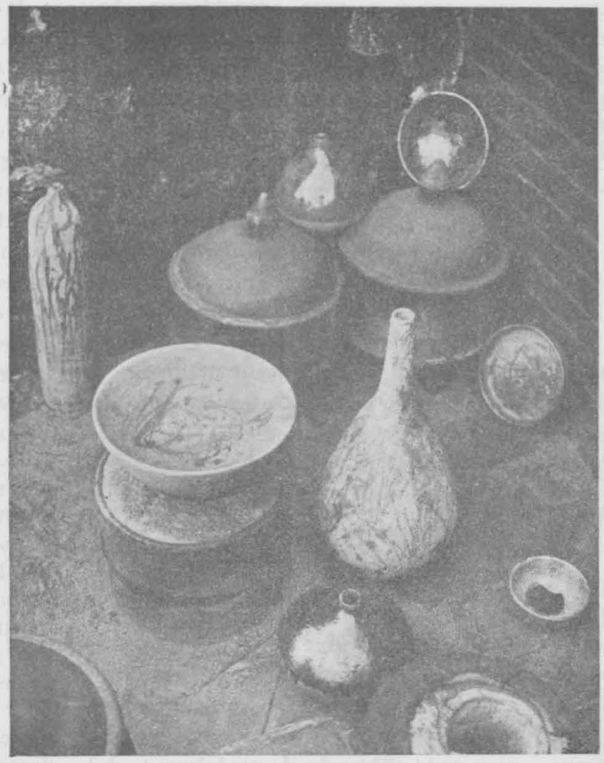
Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

La cerámica de JUANJO RUIZ DE LUNA

Ultimamente ha tenido lugar en la Galería Lorca, de Madrid, con éxito de público y crítica, la exposición de escultura y cerámica de Juanjo Ruiz de Luna. Juzguemos hoy su obra como ceramista.

No se trataba de una exhibición más en el mundillo cultural madrileño, sino de contemplar gozosamente la obra de un artista que camina rectamente a la renovación de la cerámica española.

Parece, a primera vista, que esto carezca ya de novedad, puesto que por Madrid desfilan bastantes ceramistas; unos profesionales, la mayoría artistas de otras disciplinas y aficionados a la cerámica, con ínsulas de genios y que se nombran así mismos innovadores de la milenaria alfarería. No hay tal cosa; como en tantas manifestaciones artísticas, lo que la mayoría de estos ceramistas aportan a la contemplación del público son distintas réplicas de la moderna cerámica internacional, en las que el espíritu plástico español no existe. Son vasijas y murales que igualmente se pudieran hacer —y se hacen— en Suecia, Italia, Francia, Norteamérica o cualquier otro lugar de este cada vez más pequeño mundo.



Ante las obras de Juanjo la impresión es totalmente distinta. El problema que el artista se ha planteado era bastante diferente y difícil por ser descendiente de una famosa dinastía de ceramistas; nació en Madrid, pasando su juventud junto a los hornos talaveranos —que tanta fama dieran a las artes suntuarias españolas— entre las ruedas de los viejos alfares, junto al fuego de los hornos árabes; y en esta atmósfera se impuso la misión de remozar la vieja cerámica talaverana recreada al comienzo del siglo por sus maestros y antecesores.

¿Iría Juanjo Ruiz de Luna a «fusilar» descaradamente el último figurín cerámico internacional? Esto era lo fácil, esto es lo que tantos seudo-ceramistas están haciendo en la actualidad, pero es justamente lo que él no podía hacer, si no quería ser atormentado por los fantasmas llameantes, que allá en Talavera guardan cada rincón de la vieja y gloriosa fábrica familiar y su magnífico Museo cerámico.

Y así se repitió, una vez más, la verdad de la frase de Eugenio D'ors: «En arte lo que no es tradición es plagio». Juanjo, para hacer su cerámica, lo primero que se impuso fué el deber de trabajar con las propias arcillas que sus antepasados. Era este propósito un buen eslabón para que eso tan sutil, tan huidizo, como es el espíritu de una solera artística no desapareciera de su obra que por otra parte tenía que ser estrictamente distinta de la creada en los mismos hornos y al mismo tiempo, pero dentro de un carácter tradicional.

Es de imaginar la extrañeza que debieron sentir en los «secadores», en los «hornos», en las «cobijas»; las vasijas, cuencos, orzas, etc., estas castizas formas con sus decoraciones «museales» en azul o en la típica paleta talaverana, cuando a su vera viesen aparecer aquellas piezas tan distintas creadas por el nieto del fundador, del patriarcal Don Juan, obras tan revolucionarias, y al mismo tiempo con un aire familiar inconfundible.

Los duendes, esos duendecillos que pululan los muros de los viejos obradores de artesanía, ¡cuantas veces al sentarse Juanjo en las «ruedas» centenarias tirarían de la «pella» para tornear la «galba» o el cuello de la orza tradicional, en vez de aquella nueva línea que Juanjo hacía surgir al rodar de la «rueda»!

Y de esta conjunción tradición-modernidad surge el arte moderno y tradicional de Juanjo Ruiz de Luna; a primera vista, posiblemente para el público «snob» que hoy visita y compra en las exposiciones, esta dualidad no existe.

¿Qué tienen de españolas estas piezas? Se preguntarán ante ellas; mas, para los visitantes sanos de espíritu, no estragados por modas y paletismos extranjerizantes, y más aún, para los viejos ceramistas, el hallazgo feliz de Juanjo será motivo de alegría al demostrar la continuidad vivificadora de sus obras.

Siempre fué la cerámica arte utilitario, como dicen ahora «funcional». Primero ha interesado el servicio que presta y luego el lujo de su decoración, que por lo mismo, por ser algo postizo se solía inspirar en las Bellas Artes contemporáneas de las que hacía una interpretación libre, a veces anárquica, como vemos en los por otros conceptos bellísimos vasos griegos.

Esto era el criterio general de la cerámica accidental y gran parte del extremo oriente, mas fueron estos ceramistas, coreanos, chinos y japoneses los que iniciaron un movimiento estético favorable a la busca de la belleza cerámica, exclusivamente en la forma y en la materia de la vasija sin aditamentos decorativos más o menos estilizados.

Hoy, estas vasijas, la mayoría en «gres» de gran fuego han sido las inspiradoras de los ceramistas de vanguardia a través de un movimiento estético-cerámico iniciado el

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

siglo pasado en París. La mayoría de los ceramistas españoles que siguen estas tendencias de pureza tectónica en línea y materia son consecuencia de este «extranjerismo»; por lo que sus piezas igual podrían ser de alfares españoles que de más allá de los Pirineos, incluso son muchos los que trabajan con materias importadas de Inglaterra, Francia, Checoslovaquia, etc.

De aquí que esta parte del público de las exposiciones madrileñas que «está de vuelta de todo», pero que no conoce —porque no se lleva— el meollo de nuestro arte castizo, considere estas obras de Juanjo como desarraigadas de nuestro suelo, en un afán de europeización que es lo que a ellos les sorbe el seso.

Nada más incierto: Juanjo mantiene firme —aunque renovado de acuerdo con la vida actual— el concepto cerámico tradicional trabajando con las mismas materias, con las mismas formas que sus antepasados.

Lo que ha hecho —y éste es su hallazgo— es aumentar, descubrir nuevas posibilidades técnicas y estéticas de estas materias; creando técnicas mate, contracciones, calidades vegetales, con los óxidos españoles y arcillas de Talavera y Calera.

Anulando la repetición de modelos clásicos y enriqueciendo con ello «racialmente», y no por imitación extranjeril, la maravillosa riqueza cerámica española.

Este respeto a la materia cerámica tiene en las artes del fuego mucho más interés del que a simple vista parece, originado por ser las materias con que trabaja el ceramista las más cargadas de energía espiritual, de valores super-materiales cuya existencia, en las arcillas, en los óxidos, en los esmaltes, no debe el ceramista ahogar cuando surge de forma inaprensible de sí misma. Ya lo dijo Santa Teresa: «Dios está también entre los pucheros», palabras que exaltan el valor espiritual del barro.

El mundo cerámico —salvo excepciones como esta de Juanjo— está cada día más influenciado por el orgullo artístico de renunciar a valores sencillos y espirituales, tras una exagerada perfección técnica de laboratorio, que convierte las vasijas en materias vanidosas, sin alma, son piezas para clínica, no para «vivirlas».

Por el contrario, la obra de Juanjo Ruiz de Luna, entrañablemente humana a pesar de sus concesiones abstractas, podemos imaginarla junto al fuego, sobre la más castiza campana de un hogar cargado de tradiciones y cuyos moradores se hallen presentes, a su vez, en las más bellas realidades y ensueños de nuestros días.

En la exposición se nota la falta de asas en alguna vasija. ¿Por qué?; las asas a veces son línea y necesidad muchas veces. ¿Cómo Juanjo no «crea» sus asas, aunque hoy por lo general las desdeñen? El asa fué fundamental en la cerámica española, y a Juanjo le está reservado jugar su línea con el mismo espíritu de tradición y modernidad que las demás formas de su bella obra cerámica.

CARLOS MORENO GRACIANI
Profesor de la Escuela Nacional de Cerámica de Madrid

La rutina de cada día

Son las nueve de la mañana en una calle cualquiera de Toledo.

Todavía sentimos en el aire el molesto batir de las esteras, y si nos descuidamos, aún metemos el pie en un charco que se ha formado al regar la calle.

Dos niños, con sus bufandas casi hasta los ojos, van al colegio. Un tercero, en lugar de la lana a cuadros de colores, tiene ante la boca un descomunal bocadillo de carne de membrillo. Uno piensa en jugar a la pelota, el otro en su escopeta, el tercero sólo come.

Poco después, dos niñas, bajo sus capas de uniforme, llevan en una mano sus libros, en la otra un caramelo para el recreo y unas calderillas para el «peto de los chinos». Hablan seriamente como si fuesen muy mayores. Una, cuenta cómo su madre le está enseñando a hacer puntillas. La otra, aprende a escuchar.

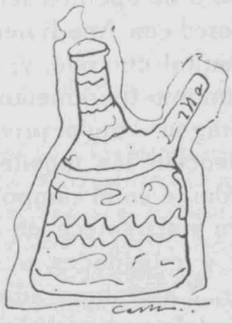
Salen de una Iglesia un grupo de piadosas mujeres. Piensan que por la tarde habrá una nueva novena. También sale un joven. Tiene fe en recibir lo que ha pedido y ha de darse prisa o no llegará a su trabajo.

Se abren las tiendas. Los motocarros, llenos de verduras, pasan haciendo demasiado ruido. Por las aceras cercanas la gente contrae la cara y retrasa o adelanta el paso para alargar distancias con el motor.

Las personas se cruzan con breves saludos o sin conocerse. Algunos con caras de sueño; unos afeitados; no han tenido tiempo otros; con las manos en los bolsillos o sujetando carteras o herramientas, empiezan sus tareas; los funcionarios a rumiar papeles; los médicos ya tienen insensibles los oídos a los estetoscopios; los obreros a respirar hierro y piedra; el estudiante de bachillerato ha de encuadernar el libro que más usa; las amas de casa van y vienen con sus cestas, mientras mentalmente suman la cuenta; en cada calle algún sacerdote se dirige a la Catedral...

...Son las nueve de la mañana en una calle cualquiera de Toledo.

JOSE MARIA GALVEZ PRIETO



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

COSAS DE AYER

De Martín Lutero a Tomás Moro

La Reforma Protestante es la última gran herejía. Supone la traca final de la heterodoxia religiosa tan abundante en la Edad Media. El Protestantismo aparece con cierto retraso en el campo de la Historia. Las herejías son fruto de ambientes religiosos muy saturados y la Edad Moderna se inicia, precisamente, bajo un signo distinto: Ciencia y Filosofía.

Martín Lutero, joven impulsivo y de acusada sensibilidad, comete un gravísimo error: Hacerse sacerdote católico guiado más por una impresión que por una vocación. Formado filosóficamente bajo la influencia «occamista» —que tanto humilla y rebaja la razón— le faltó, en sus momentos de crisis, el faro *racional* luminoso y seguro.

Lutero, temperamento escrupuloso hasta lo obsesivo e imbuído de aquella religiosidad medieval fundamentada en el terror, cree encontrar en la Fe —como único vehículo de salvación— la salida liberadora a sus fobias mentales. Pero en modo alguno podemos pensar, que la sola justificación por la Fe, sea una fórmula insincera del heresiarca para dar rienda suelta a sus inclinaciones carnales. Lutero, muy preocupado de su vida interior, lo era muy poco del juicio ajeno. De sentir tan solo esas inclinaciones, las hubiera satisfecho llanamente sin necesidad de añadir a su conciencia un nuevo y más grave pecado: El de herejía.

El gran historiador católico Daniel Rops, escribe: «Traiciona la verdad histórica y psicológica, quien niegue a Lutero esa calidad de hombre, para quien vivir y creer son cosas serias, un combate de grandes luchas espirituales» (1).

Las doctrinas de Lutero, vistas desde un punto racional y filosófico, seducen muy poco. A veces, incluso, se subleva ante ellas el propio sentido común. De no haberse dado circunstancias especiales, al margen —algunas de ellas— de cuestiones teológicas y morales, es probable que la Reforma Protestante no hubiera prosperado con tanta rapidez. Sin embargo, en aquel clima de pasiones e intereses encontrados, todo fue posible; hasta la reforma llevada a cabo en Inglaterra por Enrique VIII.

Si la lucha interior de Lutero fue un combate de fuerzas espirituales, en Enrique VIII, por el contrario, lo fue tan solo de apetitos sensuales.

Sus amores con Ana Bolena, sus ardientes deseos de unión marital con ella, y, la pretendida disolución de su matrimonio (puramente convencional) con Catalina de Aragón —mujer privada de encantos femeninos— evidencian los móviles del rey para un paso tan trascendente en el campo religioso.

Asombra y estremece en estos cambios, las persecuciones y crueldades a que en ambos campos daban lugar. Y asombran aún más cuando reflexionamos en la índole personalísima e íntima de las creencias religiosas; creencias, en que por su propia naturaleza, debe prevalecer en ellas la libertad, sin la más ligera sombra de coacción exterior.

Los mártires de uno y otro bando iban a la hoguera, salvo escasas excepciones, seguros de sí mismos, con envidiable entereza y viendo, en aquella muerte horrible, el signo claro de predestinación.

Entre los mártires del grupo católico destaca, por su extraordinaria calidad humana, Sir Tomás Moro.

Tomás Moro procede de una clase social modesta, pero su gran prestigio como abogado le lleva a escalar puestos en las altas esferas del Estado, hasta llegar a Canciller de Justicia. Jamás pudo apreciarse en su vida el más leve síntoma de vanidad ni autosuficiencia. Sus notas más características son la humildad, la cordialidad y la sencillez.

La religión de Moro no era retorcida ni ostentosa. Su profundo sentido católico no torció nunca la naturalidad de su vida. Tomás Moro estaba muy lejos de esos tipos religiosos donde todo es cálculo y medida, frialdad y mogigatería. Dudamos mucho de la bondad de esas almas en las que no brilla la espontaneidad y la franqueza. Sin exhibir su religión y sin apenas hablar de ella, la vida de Moro fué un auténtico testimonio de Cristo.

Amigo íntimo de Erasmo, se hallaba situado, intelectualmente, en esa línea amplia y tolerante del humanista de Rotterdam; amplitud y tolerancia más admirable aún en aquella época de estrechez y fanatismo.

Cuando Enrique VIII hizo del Protestantismo la religión oficial de Inglaterra, Tomás Moro optó por una postura silenciosa y prudente. Nada de gestos ni aspavientos. Con suavidad, presentó la dimisión de su cargo, para eludir así el reconocer a Enrique como Jefe de la Iglesia. Obligado al fin a definirse, manifestó sus convicciones católicas; y desposeído de todos sus cargos, expropiados sus bienes, encarcelado, supo, en las más duras condiciones, ser fiel a su idea. Sus amigos le invitaban a retractarse, en la seguridad de que todo le sería restituído. Su esposa —tan amada por él— en la más cruda miseria, le invitaba también a la retractación (es comprensible). Todo inútil: Tomás Moro, con profundo sentido del deber, subió al cadalso el 1.º de Julio de 1535.

No pertenece Moro a esa categoría de Santos en que por hallarse situados en una órbita distinta a la normal, resultan inasequibles. Muy por el contrario, lo cotidiano de su vida, es siempre ejemplar e imitable.

Su famosa obra «La Utopía», ¿será una utopía permanente?, ¿o tendrá profunda realidad como meta final a una humanidad en constante y ascendente evolución?—J. S.

(1) Baste decir que los amores de Lutero con Catalina Jon Bora no empezaron hasta cuatro años después de fundada la reforma.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

Elena Martín Vivaldi

Es esta poetisa licenciada en Filosofía y Letras, y pertenece al cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, desempeñando, actualmente, el cargo de bibliotecaria en la Universidad de Granada.

Figura en las antologías de poesía granadina «Veleta al Sur», y en la «Aguilar», de poesía española.

Colabora en diversas revistas nacionales y extranjeras.

Es su última publicación «Cumplida soledad», en la colección «Veleta al Sur», que dirigen Rafael Guillén y José G. Ladrón de Guevara, y en ella, una vez más, Elena Martín Vivaldi nos muestra su mundo de valiente poesía con una profundidad soñadora que asombra.

Elegimos una buena entre muchas buenas para corroborar con esta poesía nuestro juicio:

SIN LA ESPERANZA

QUIEN espera desespera.
Esperar lo que no llega
nunca...
Sin la esperanza,
quien espera desespera.

Arriba la luz, la cita
de lo que el alma desea.
Abajo, clamor, angustia
del cuerpo, porque se encienda
la razón de su estar vivo
entre los vivos. La tierra
pidiendo abono de sangre,
dolor para su cosecha.
Los hombres desafiando
tempestades. Su quimera
de palabras: voz que dicta
sombras dentro de su cueva.
Las manos, gritos de tacto,
caricias de sementera.
Amor que se cumple un día,
oscuro don de la entrega.

***

Los ojos rompen la nada
del paisaje. Entre la negra
visión, casi ven la blanca
figura que se les niega.
El corazón se defiende
esperando lo que espera
sin esperanza. Los labios
playas en la dura arena.

¿Todo siempre igual? El mundo
gira, girando; la rueda
de la fortuna, unas veces
dice si, no; otras: «espera».
Esperar sin esperanza.
Aquí la fábula empieza.
Pero esperar. Que la noche
tiene soles en su niebla.

El poeta no lo sabe.
Arranca la siempre eterna
mirada, oculta en las cosas
y en sus versos la desvela.

LIDIA

A Pedro Bargueño

A brazo entero lucho con la vida
y agarro por los cuernos la esperanza,
me ciño en el dolor, clavo la lanza
de mi agudo sentir: honda es la herida.

Pico la espuela, tiro de la brida
cuando el peligro escucho que me alcanza,
defiendo con mi pulso la añoranza
de lo que pudo ser: suerte incumplida.

Alzo a las nubes, palco de los cielos,
la pregunta y la voz y la mirada,
escudriñando el gesto y los pañuelos

que restañen mi sangre temerosa.
No me rindo cobarde, acorralada
contra el toro impasible que me acosa.

ELENA M. VIVALDI.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.

ESTILO

Asociación
de
Artistas
Toledanos

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.